

Juan José Morosoli



Olmedo

textos.info
biblioteca digital abierta

Olmedo

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8585

Título: Olmedo

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 10 de junio de 2025

Fecha de modificación: 10 de junio de 2025

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Olmedo

Amores, lo que se dice amores, nunca llevó Olmedo. Ni cultivó amistades, ni gastó tardes en trucos o carreras. Fue siempre un hombre sin domingos.

Pero por aquellos días Juana —la ahijada del patrón— le empezó a llenar el ojo. Hasta que ella se dio cuenta. No le disgustó el interés del hombre.

Entonces Olmedo empezó a juntar plata. Poca, eso sí. Diez pesos por mes. Calculaba que con doscientos pesos podía parar un rancho y casarse. No le dijo nada a ella, porque no le gustaba andar haciendo perder el tiempo a nadie. Y sin rancho, no se puede pensar en gozar mujer.

Ya estaba cerca de aquella cantidad, cuando una tarde fue al rancho paterno.

Fue cuando su hermana le salió con aquello, de que "andaba con ganas de quitarse la vida por lo que había hecho".

Conversó con el novio de ella, "que había hecho el barro de abombao nomás", le dio el dinero para que se casara y abandonó la estancia.

De Juana ni se despidió.

* * *

Fue a dar a los montes de Soria. Ya desmoralizado, porque es más difícil juntar resolución para hacer una cosa grande, que juntar plata. Allí hizo una iguala con dos negros para hacer carbón. Al poco tiempo se dio cuenta que lo único que podía juntar allí era vejez, porque los negros eran más picaros que Pedro Malasartes. Ventajeros en el trabajo y en el reparto del dinero que resultaba de la venta, pues vendían el carbón y compraban las provisiones en el boliche.

Salió del monte con unos pocos pesos, el caballo que llevaba cuando entró, y una perra que un día se le allegó al fogón y no se fue más.

* * *

Fue a dar a un boliche que estaba como a tres leguas del monte y preguntó si no sabían "de algún trabajo para un hombre general". Le indicaron lo de Sosa, donde el hombre podía necesitarlo porque estaba enfermo.

Habló con la mujer de Sosa y luego con él, que estaba enfermo en cama. Quedó de encargado del campo hasta más ver.

A los ocho o diez días ya estaba arrepentido de trabajar allí. El pobre Sosa había sido siempre un hombre llevado y traído por la mujer. Si era hombre, era porque usaba pantalones y tenía bigotes.

Para mejor el campo era de ella. Heredado. El nunca había tenido nada y cuando se vio obligado a disponer y mandar, se achicó más.

Olmedo se quedó allí porque estaba acobardado de pasar trabajo en el monte y no quería andar como un gitano.

—Tenía gañas de echarme en el tiempo —pensaba.

A las tres semanas de estar allí, el patrón empeoró y empezó a irse de a poquito. Él entraba a verlo y notaba que la cama iba planchándose, porque el infeliz apenas abultaba.

A veces —cuando él se levantaba de la silla para irse—, le pedía con voz mansita:

—No se vaya... Quiero ver algo delante...

Porque se iba quedando solo, ya casi distante de su vida.

La mujer siempre tenía algo que hacer. En la cocina o en el galpón de las herramientas.

Así hasta que el pobre se fue del todo.

* * *

Ella estuvo haciendo duelo dos días. Olmedo realizaba la tarea de rutina. Salía, llegaba. Miraba la puerta mayor, tras la que la mujer hacía horas de

soledad.

Cuando ella abrió fue a darle cuenta y a preguntarle qué pensaba hacer.

Se sacó el poncho y entró. Lo seguía la perra...

La mujer pareció enderezarse de golpe tras la ropa negra, lisa como un sudario.

—¡Ya, afuera!... —gritó al animal.

Olmedo miró a la compañera.

—Vaya, vaya le digo. Yo ya voy.

Y a la mujer:

—¡Pobre!, me sigue como a la sombra... Siempre hemos andao juntos... Y como ahora está al parir, ya no sale...

Luego conversaron.

—Usted disponga —terminó ella— Si me quiere pedir un parecer, me lo pide...

—Usted vea —contestó él—, y cuando no le guste mi marcha me dice...

Ya iba a salir, cuando dijo ella:

—Mañana me trae las bombachas. Están necesitando remiendos.

* * *

A los pocos días, al volver del campo, encontró las bombachas y las botas del finado sobre el catre.

Cruzó el guarda patio con ellas.

—Me disculpa, patrona, pero no me gusta usar cosas de finado.

Al otro día encontró unas bombachas y unas botas nuevas.

* * *

Había dispuesto hacer domingo. Se vistió con lo nuevo. Iba a montar, cuando llegó la pregunta de ella:

—¿Qué va a hacer Olmedo?

—A lucir el estreno, patrona...

—¡Quedesé! —pidió ella—. ¿Cómo me va a dejar sola? ¡Entre y comemo junto!...

Él se quedó. Vestido así parecía una visita. Una visita con un mensaje. Ella buscaba hacer historia, pero la falta de preguntas de él, cerraba el camino. Entraba y salía del relato, hasta que al fin lo entrilló.

—Tuve que hacerme dura, porque él era un infeliz... Los peones se hacían patrones a los pocos días... Fue un hombre que me hizo faltar todas las cosas de un hombre ... y una no va a llevar la desgracia pegada a la vida...

Olmedo la iba viendo ahora, saliéndose de la soledad y del luto. Hablaba con la segura esperanza de que había dejado un tiempo triste.

* * *

Algunas veces tenía miedo de quedarse solo con ella, con la única presencia separante de la perra, que siempre estaba echada al lado de él, lejos de la perrada, que no entraba nunca al guarda patio.

* * *

Nunca había sentido frente a ella, deseos de ninguna clase. Pero cuando recibía alguna atención de la mujer, se apichonaba. Tenía la sensación de tener ahora una cosa tibia y liviana, que le corría por dentro, como debilitándole dulcemente.

* * *

Cuando llegó del campo, la encontró con la azada, encimando tierra en un pozo. A los pocos pasos, achatada sobre la tierra, se lamentaba la perra.

—¿Qué hace? —preguntó Olmedo.

—Las enterré... Eran todas perras...

—¿Pero no ve que la madre está viendo?...

Llamó al animal, le dio la espalda a la mujer y enderezó a las casas.

* * *

Había caminado cuatro o cinco pasos, cuando sintió los sollozos de ella. Se detuvo.

—¿Y ahora? —preguntó.

—No puedo más, Olmedo... Perdóneme.

—¡Callesé!... ¡Callesé! —decía él.

Ella cayó entonces, con todo el peso de su llanto y su soledad, sobre el pecho de él, y así, pecho a pecho, estuvieron hasta que iniciaron el regreso al rancho.

Iban callados y unidos ya.

A los tres o cuatro pasos, la perra les seguía.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables,

forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.